

UNA LLAVE PARA GARANTIZAR LOS DERECHOS

La Fundación IPNA y UNICEF trabajan para mejorar el acceso de niñas, niños y adolescentes con discapacidad al sistema de protección social. El Certificado Único de Discapacidad (CUD) es el instrumento que les abre la puerta a sus derechos. Juanse, Kiara, Marcos y Micaela viven en localidades rurales aisladas y pudieron tramitarlo. Conocé sus historias.

» POR ALEJANDRA CLUTTERBACK / FOTOS: NICOLÁS POLSTHOMIS / SUBCOOP

Amanece con un arcoíris y parece augurar un día especial para muchas familias. En Villa Paranacito, provincia de Entre Ríos, UNICEF y la Fundación IPNA implementan el Programa de Promoción y Acceso a Derechos de Niñas, Niños y Adolescentes con Discapacidad, un trabajo que llevan a cabo también en las provincias de Corrientes y Jujuy. En cada uno de estos lugares se organizan actividades, talleres y capacitaciones para agentes sanitarios y familiares de personas con discapacidad. Allí se trabaja para que los chicos y chicas que más lo necesitan puedan acceder al Certificado Único de Discapacidad (CUD), una herramienta indispensable para el cumplimiento de sus derechos. Entre los beneficios del certificado encontramos: el transporte gratuito, la cobertura de medicamentos, el acceso a un régimen de asignaciones familiares y a una pensión especial. Y a la vez, el CUD también es importante para dar visibilidad a la dis-

“Cuando comenzó este proyecto, la junta evaluadora vino a Villa Paranacito e hicimos 19 certificados en nuestro centro. Hoy es la segunda vez que viene”, explica Ana María Alfonso, Directora del Centro Educativo N° 8.

capacidad e identificar cifras reales a nivel nacional. Ana María Alfonso es la Directora del Centro Educativo N° 8 de Villa Paranacito, un establecimiento preparado para trabajar con niñas, niños y adolescentes con discapacidad, al que asisten 31 chicos de la zona, acompañados por sus mamás y papás. Con ella recorremos cada sala. Las aulas son peque-

ñas, alegres y muestran detalles de mucho amor: bibliotecas con libros, almohadones en el piso, carteles de colores y sonrisas en cada una de las personas que conforman el equipo.

Mientras Ana nos cuenta sobre el lugar, nos detenemos en una de las aulas donde se encuentran cinco alumnos realizando un precioso sol para darnos la bienvenida. Con gran concentración los chicos componen un collage único, pegando pedacitos de papeles amarillos. Son Kiara, Joaco, Juanse, Leandro y Marcos. Algunos ya

tienen su certificado, otros lo tramitarán hoy, como el caso de Kiara. “Junto con el Centro Integrador Comunitario (CIC) informamos a las mamás sobre





la importancia de que sus hijos accedan al CUD y trabajamos para lograrlo”, dice orgullosa Ana María. Hasta 2018, la única manera de hacer el certificado era ir hasta Gualeguaychú, que está a 100 km de Villa Paranacito. Y esa es una distancia que, por motivos

económicos, no muchos pueden recorrer. “Cuando comenzó este proyecto, la junta evaluadora vino aquí e hicimos 19 certificados en nuestro centro. Hoy es la segunda vez que viene”, explica Ana María.

En otra de las aulas está Micaela, de 22 años, con María Luisa Villanueva, la psicóloga del equipo. Micaela está sentada sobre su silla y desde allí se muestra sonriente y tímida. Ambas trabajan sobre las emociones, Mica las dibuja mientras cuenta que se enoja cuando la pelean. Gracias al CUD su mamá pudo cubrir algunas de las medicaciones que necesita para su hija. Seguimos visitando las aulas y vemos a los chicos con sus maestras. En una de ellas la “seño” Sandra dibujó un árbol bellissimo que interviene con sus alumnos en cada estación del año para graficar los cambios de la naturaleza. Los chicos también asisten a talleres de carpintería, reciclado y panadería. Los vemos amasar pan y elaborar grisines de queso. Cuando terminamos la recorrida, podemos cruzar unas palabras con Luisa Beatriz Cantero, mamá de Marcos (10) y Juanse (7). Ella, sus hijos y su marido Ramón viven en Brazo



Largo y pudieron tramitar el CUD en 2018. “Los chicos necesitan mucha medicación. Juanse toma cinco remedios y Marcos, cuatro. Ahora que tenemos el CUD me es más fácil recibirlos”, relata. Marcos empezó a ir a la escuela cuando tenía 4 años y allí la directora le dijo a Luisa que él necesitaba realizar fonoaudiología y kinesiología y recién allí comenzó a venir a este centro. Con Juanse pudo notar que tenía problemas neurológicos de forma más temprana, a los 8 meses. “Cuando me enteré tenía mucho miedo. No puedo verlo con convulsiones, me pongo a llorar. Ahora hace muchísimo que no tiene”, relata. El amor de Luisa y el esfuerzo que hace por ellos es enorme. Todos los días se levanta a las 5:40 para llevarlos al colegio. Así de temprano debe ser para poder estar a las 6:30 en la ruta. Los chicos nos acompañan en la charla y también comparten sus intereses: “Me gusta pintar, me gusta ir afuera. ¡Me gusta todo!”, dice Marcos, que además adora la pizza, las hamburguesas y las milanesas de su mamá. “En casa jugamos a la pelota y a andar a caballo. María no quiere montar un caballo”, sigue contando entre risas, y aprovecha para pedirle a Ana María que cuando festejen los cumpleaños haga una torta de chocolate y confites. A Juanse le gusta jugar al fútbol y nos cuenta que es fanático de Boca Juniors.

Tramitar el CUD

Cruzando la calle se encuentra el Centro Integrador Comunitario (CIC). María Edith Molina trabaja allí como Coordinadora en el área de Niñez, desde hace cuatro años. Joven y eficiente, tiene un rol clave para que muchas familias accedan al CUD. “Desde el área de Niñez trabajamos con la dinámica familiar, y cuando podemos detectar la discapacidad, se habla sobre el tema. Se explica lo que es el CUD, se brinda información y se acompaña a la familia en el proceso”, relata. Además, los ayudan a gestionar los turnos médicos y los acompañan a través de agentes promotores de derechos o de salud. También gestionan el alojamiento cuando tienen que trasladarse a Gualeguaychú por turnos médicos, y una vez que tienen el CUD, brindan asesoramiento sobre cómo utilizarlo.

“Los chicos necesitan mucha medicación. Juanse toma cinco remedios y Marcos, cuatro. Ahora que tenemos el CUD me es más fácil obtenerlos”, relata Luisa, mamá de Marcos (10) y Juanse (7).

La dificultad, para muchas familias, es que ni aquí ni en ninguna ciudad cercana existe una junta evaluadora –compuesta por una trabajadora social y una psicóloga, que determinan la discapacidad–, y para obtener el certificado dependen de la que está ubicada en Gualeguaychú. Pero hoy es la junta la que se acercó hasta Villa Paranacito. Las familias esperan sentadas en un pasillo del CIC para que sus seres queridos sean entrevistados. Entre las personas está Kiara (10) con su mamá Graciela Susana Orsina. “Kiara empezó a venir a la escuela especial el año pasado y así me enteré del CUD. Ella no tiene pensión. Hace poco el neurólogo me firmó unos papeles para que pueda hacer el certificado y así acceder a sus derechos”, cuenta Graciela.

Madre e hija se quedan semana de por medio en Villa Paranacito para asistir a la escuela especial, y la otra semana asiste a una escuela en la isla donde se encuentra su casa. Mientras están allí las aloja la hija mayor de Graciela. Lo hacen de esta forma porque no sería posible viajar una hora y media en lancha –más el colectivo– para ir a la escuela todos los días. “A Kiara le gusta ser libre. En mi casa está con el padre en el galpón o corriendo con los animales”, dice Graciela mientras la mira con ternura.

Natalia Magné, otra mamá que espera su turno, también conversa

con nosotros. Su hija Belén tiene un retraso madurativo y epilepsia. Ella tenía un certificado distinto al CUD y al cumplir los 21 años le quitaron la pensión. “Para Belén es primordial porque de esa forma podemos viajar. Además, si no lo tenés no podés sacar pensiones”, explica Natalia, y la fila se mueve. Son muchas familias que en este día tienen la esperanza de conseguir la llave para hacer valer sus derechos.

Capacitar sobre discapacidad

“El censo de 2010 arrojó que, en el país, el 12,9 por ciento de las personas tiene algún tipo de discapacidad. Esto significa alrededor de 5 millones de personas. La última medición de la Agencia Nacional de Discapacidad dice que al 29 de marzo de 2019 había 1.158.000 CUD entregados. En particular, según el INDEC, el 25,9 por ciento y el 36,5 por ciento de niños con discapacidad entre 0 y 5 años

y entre 6 y 14 años, respectivamente, no tiene el CUD. Por lo tanto, ¿cómo se puede pensar una política pública si creemos que la población con discapacidad es de un millón, cuando en realidad es de cinco?”. Estas son palabras de Eduardo Carlos del Águila durante la capacitación a los agentes sanitarios en el CIC. Sucede que el CUD es una herramienta fundamental para visibilizar una situación que muchas veces se encuentra oculta, para luego poder diseñar políticas públicas. “Cuando estas personas no salen de su casa, no son reconocidas como parte de la sociedad. Así, no es posible garantizar sus derechos, porque no forman parte de esa comunidad. Y sin acceso a derechos no hay inclusión posible”, continúa Eduardo. Sus palabras son fuertes y tienen gran alcance. Él forma parte de la Fundación IPNA desde los años 90. Comenzó haciendo talleres de música con los chicos y chicas y su compromiso lo llevó a trabajar junto a UNICEF en la promoción de derechos en las poblaciones más excluidas y vulnerables. Por eso, en 2018 se sumó a la implementación del proyecto en Entre Ríos (en Islas del Ibicuy y en San José de Feliciano) con el objetivo de ampliar el acceso al CUD a poblaciones con mayor vulnerabilidad y alejadas de las grandes ciudades, y de fortalecer las áreas de Salud, Educación y Desarrollo

Social de los municipios, para que conozcan cómo transmitir la información y sepan más acerca de la discapacidad.

“Es importante acercarnos para detectar a los niños y niñas que necesiten acceder al CUD, y dejar instalada esta capacidad para que una vez que el proyecto

se termine, los municipios puedan seguir trabajando en inclusión de personas con discapacidad”, puntualiza Eduardo. Para eso es fundamental la articulación entre las áreas de Salud y Educación con el Consejo Provincial de Niñez, Adolescencia y Familia. Asimismo, es primordial el apoyo del Instituto Provincial de Discapacidad (IPRO-DI) para que, como sucedió en Villa Paranacito, la junta evaluadora pueda ir a lugares alejados de la ciudad y certificar el CUD. Finalmente, la información que se genera sobre la situación de la niñez y adolescencia con discapacidad, sobre todo aquella que identifica los cuellos de botella y barreras, es de suma importancia para conocer las causas por las que no se accede a este certificado.

El objetivo de acercar los derechos a las poblaciones más vulnerables está en marcha. A la fecha, gracias a este proyecto, se lograron tramitar 381 CUD, de los cuales 187 son para niñas, niños y adolescentes. El trabajo continuará para ver garantizados los derechos de cada vez más chicos en situación de vulnerabilidad y exclusión social. **U**

“Es importante acercarnos para detectar a los niños y niñas que necesiten acceder al CUD, y dejar instalada esta capacidad para que una vez que el proyecto se termine los municipios puedan seguir trabajando en discapacidad”, explica Eduardo Carlos del Águila, de la Fundación IPNA.

ABORDAR LA PROBLEMÁTICA A TRAVÉS DE DIFERENTES ESTRATEGIAS



El objetivo principal es que todos los chicos y chicas con discapacidad tengan garantizados sus derechos, y esto se logra por medio de cuatro acciones: acercando información a familias en comunidades dispersas y socialmente excluidas; capacitando a docentes en escuelas y a agentes sanitarios sobre la importancia del CUD y el modelo social de la discapacidad; generando información acerca de la situación de los niños, niñas y adolescentes con discapacidad e identificando las causas y barreras en el acceso al CUD; y por último, realizando juntas evaluadoras (grupos interdisciplinarios de profesionales que analizan el caso y autorizan el CUD) que viajan a las comunidades aisladas.

